

## El Renacimiento de los bárbaros

2020-04-10

(Traducción)



Kultura

AITOR BIZKARRA

Estas últimas semanas he tenido entre manos el libro de Joxe Azurmendi *Espainolak eta euskaldunak* y la lectura ha sido intensa. He llegado a la conclusión de que este es un texto que no se puede dejar sin mencionar, al menos por parte de cualquiera que hoy día quiera alzar la voz con respecto a la cultura vasca. Los hitos son realidades objetivas ineludibles, tanto para los que estén a favor como para los detractores, y este texto es sin duda uno de ellos. El objetivo de mi artículo, aun a riesgo de crearme perspicaz y resultar imbécil, es hacer un comentario sobre las dos ideas principales que, en mi opinión, vertebran el texto de Azurmendi y, a través de ellas, esbozar y plantear dos o tres ideas más sobre cultura en general y cultura vasca en particular.

La primera idea en la que se centra el texto *Espainolak eta euskaldunak* es la crítica feroz del concepto de «bárbaro». La palabra «bárbaro», en su origen griego, se usaba para referirse al extranjero que no hablaba griego y literalmente significa «el que balbucea». No dispongo de tiempo ni espacio suficiente para entrar en las vicisitudes del desarrollo histórico de este concepto, pero dicho brevemente, se puede decir que en su evolución se ha utilizado para referirse a las colectividades que han quedado estancadas en estadios culturales subdesarrollados o directamente carecen de cultura, en contraposición a las que han alcanzado el estadio civilizado. El correlato lingüístico de esta idea sería el lenguaje bárbaro o el lenguaje de los bárbaros, el cual sería incapaz de ser un medio de expresión del desarrollo religioso, científico o artístico de la civilización.

Y, por supuesto, en tanto que el euskera a lo largo de los siglos e incluso en la actualidad, ha sido considerado como una lengua no apta tanto para la civilización como para la era moderna, Azurmendi insiste con gran erudición histórica en demostrar que ser bárbaro no es un rasgo sustancial de ningún idioma ni de ninguna cultura. Platón, por ejemplo, tuvo que producir un gran número de neologismos para poder dar por escrito su pensamiento en griego, y el propio Cicerón se quejaba de la dificultad que suponía hacer filosofía en latín debido a su pobreza conceptual. Ni qué decir de los romances bastardos o las lenguas germánicas... todas las culturas tienen su bárbaro *pudenda origo*, su origen bochornoso (de ahí los mitos fundacionales premisas de todo nacionalismo). Lo primero que se puede extraer de la historia es que, toda esta retórica sobre el bárbaro, más que significar una realidad sustancial, ha cumplido (y cumple) una función ideológica evidente, íntimamente relacionada con el deseo de expansión y el poder, es decir, la función de legitimar el derecho de conquista sobre los territorios «bárbaros». El deber natural de lo civilizado es vencer al bárbaro para civilizarlo (evangelizarlo, democratizarlo, según el caso). La expresión contemporánea de este esquema pueden ser las guerras humanitarias o guerras por la democracia, por ejemplo.

Esta acepción de la cultura que se articula en la órbita de las nociones bárbaros/civilizados, donde la cultura sería una y solo una en contraposición con la incultura o la falta de cultura, ha sido bastante criticada a lo largo del siglo XX por la antropología cultural y la etnología comparativa, y hoy es casi unánime la idea de que no podemos hablar de Cultura sino de culturas. Sin embargo, este tipo de etnología tiene por objeto equiparar el estatus ontológico de las distintas formaciones étnicas culturales, pero esta acepción (si se quiere elitista) de la cultura tiene también su reflejo en el seno de cada formación social, según la cual la cultura es aquello que se adquiere al cabo de un proceso de formación y, en consecuencia, la concepción del mundo y los criterios de conducta de un analfabeto (por poner un ejemplo) no serían cultura.

La segunda idea central del libro es que Euskal Herria no ha tenido Renacimiento y que,

por tanto, podrían rastrearse en los siglos XVI y XVII las causas últimas de que Euskal Herria sea un país que no es tal. En definitiva, dos factores parecen haber provocado el fracaso del Renacimiento en el este país, uno endógeno y otro exógeno.

El factor endógeno, en síntesis, puede considerarse la tesis de Azurmendi de «Bi Euskal Herri», ya que, según el zegamarra, en los siglos XVI y XVII «se partió por la mitad, la esquizofrénica Euskal Herria que aún no puede encontrar su identidad»<sup>1</sup>. Según esta tesis, hubo dos grupos de escritores que simbolizarían dos tendencias, comportamientos y planteamientos muy diferentes de la época, dos Euskal Herrias. Por un lado, tenemos a los apologistas Esteban de Garibay, Baltasar Etxabe y compañía, señores de noble linaje salvo contadas excepciones, empedernidos monárquicos castellanos que vivían mirando a sus cortes (es decir, afuera). Estos escritores alababan el origen vasco (vasco-iberismo), la hidalguía universal vasca, la pureza de sangre, el hecho de ser la antigua raza que no había sido sometida ni mezclada con otras razas y también la grandeza del euskera, pero siempre en castellano. Después de la conquista de Granada (1492), una campaña de lavado de sangre contra judíos y moros duró todo el siglo XVI en el reino de Castilla. Y parece que, para entender la figura de los apologistas, es imprescindible situarse en este contexto, en el que subrayar la diferencia de lo vasco (sobre todo lo racial) no era sino una forma de subrayar la condición de no judío y no moro; marcar la diferencia, pero para integrarse en Castilla (hay que tener en cuenta, como señalaba el *Libro Verde de Aragón*<sup>2</sup>, que gran parte de la nobleza de la época estaba mezclada con familias conversas). En resumen, detrás de las apologías épicas no había más que el prosaico interés de clase de los señores. Ejemplo de ello son la prohibición en la Asamblea de Bizkaia del 10 de diciembre de 1613 de que fuesen admitidos como procuradores «los que no supieran leer y escribir en romance»<sup>3</sup>, para desplazar al campesinado de la política; así como la reivindicación del pueblo llano (1631) de poder expresarse en euskera en la Asamblea en el contexto de la Revuelta de la Sal<sup>4</sup>, que no es sino una forma de reivindicar la presencia institucional. Tanto las reivindicaciones como las prohibiciones no forman más que el aspecto lingüístico del conflicto de clases de la época.

Por otro lado, tenemos a los escritores vascos, Etxepare (XVI), la Escuela de Sara (XVII), etc., eclesiásticos en general (con la excepción de Arnaut Oihenart), pero con formación humanista y sin demasiado afecto hacia los apologistas como demuestran los versos de Klaberia: «Burlatzen naiz Garibayez bai halaber Etxabez, zeñak mintzatu baitire erdaraz Eskaldunez» («Me burlo de Garibay y también de Etxabe, quienes en castellano han hablado de los vascos») <sup>5</sup>. Estos eclesiásticos no hablaban mucho de Euskal Herria, pero hablaban al pueblo vasco (es decir, al interior) en euskera. Sin embargo, en plena contrarreforma, no es difícil deducir que el trabajo a favor del euskera de estos escritores vascos también estuviera fundado en sus propios intereses prosaicos.

En cualquier caso, un idioma nacional no lo hace solo la literatura. Como escribió el primer gramático del castellano Antonio de Nebrija en 1492 (el mismo año del desembarco en las Bahamas de Colón y la conquista de Granada), «Siempre la lengua fue compañera del imperio» y sin unidad administrativa difícilmente puede arraigar una lengua en la era moderna. Este es precisamente el factor exógeno desintegrador que apunta Azurmendi, la pérdida del Reino de Navarra a principios del siglo XVI, periodo histórico que iniciaría la construcción de las naciones modernas: sin Navarra no hay Renacimiento. Es curioso cómo después de haber demostrado históricamente que la clase dirigente vasca ha desempeñado el papel de verdugo del euskera y de la cultura vasca, se hace nostalgia de lo que no ha ocurrido: «Navarra podría haber sido un Estado euskaldún que nos declararía el euskera como lengua oficial», «Aquel que era el único foco que podía protagonizar un vivo Renacimiento Vasco»<sup>6</sup>... Sabiendo, además, que las élites y la administración de

[1] Azurmendi, Joxe. *Espainolak eta euskaldunak*. Elkarlanean (donostia), 1992. (Pág 473)

[2] [Libro verde de Aragón-i buruzko Wikipediako sarrera](#)

[3] Azurmendi, Joxe. *Espainolak eta euskaldunak*. Elkarlanean (donostia), 1992. (Pág. 384)

[4] *Ibidem*, (Pág. 386)

[5] *Ibidem*, (Pág. 325)

[6] *Ibidem*, (Pág. 508)

Navarra ya utilizaban para entonces una lengua vernácula que no era precisamente el euskera<sup>7</sup>.

Creo que es una tesis asumible que han existido y existen dos Euskal Herrias, pero no creo que sea una cuestión de estar mirando afuera/adentro. Deberíamos preguntarnos si el factor determinante de los bloques culturales en cada época ha sido el factor étnico o el factor de clase o en qué proporción se ha impuesto el uno al otro en cada época. Parece que, al menos a partir del siglo XVI, ha sido el segundo el que se ha ido imponiendo progresivamente al primero; la historia de la Euskal Herria oprimida ha sido la historia de las clases subalternas vascas. Y lo sigue siendo. Y de ellos dependerá, en todo caso, el Renacimiento.

[7] [Kortazar, Jon. Klasismoa, mendeetako euskararen etsaia. \(Gedar\): https://gedar.eus/ikuspuntua/ionkortazar/klasismoa-mendeetako-euskararen-etsaia](https://gedar.eus/ikuspuntua/ionkortazar/klasismoa-mendeetako-euskararen-etsaia)